

Armelions las raices del mundo

Antonio Sand



Capítulo 1

“Pensar que en la antigüedad los niños índigos eran perseguidos, maltratados e incluso asesinados por temor a ellos, que ignorantes fuimos, es tiempo de enmendar todo eso”.

Alessandro Bodoni

Libro sagrado N°1 | Legado y Obligaciones.

Prólogo

Cadáveres

Bosque luz, región de Ahlromeque (provincia de Mendoza, Argentina) 3 julio 2002, 09:55 horas.

El monstruo supo en ese preciso instante que había encontrado por fin a los indicados. Sintió sus extinguidas presencias a varios metros de distancia, una extraña pero conocida mujer se los traía. Los árboles milenarios que allí habitaban eran imponentes, altos y robustos, el cielo estaba despejado y corría un viento fresco que era usual por las mañanas en esa época del año. La mujer ignorando esto último, caminaba a paso firme hacia su destino. Llevaba un vestido negro ajustado que le llegaba hasta las rodillas y que resaltaba su delgado cuerpo, aunque éste contrastaba terriblemente con su particular color de piel, la mujer era casi tan pálida como la nieve. A pesar de tener unos ojos azules preciosos su rostro era inexpresivo, su mirada estaba vacía como si llevara muerta hace ya mucho tiempo, pero lo que más llamaba la atención no era ni el lugar ni la mujer, más bien eran los cuerpos de los dos niños muertos que llevaba en el caballo.

Los cadáveres ya habían perdido el color extinguiendo en ellos cualquier vestigio de vida, iban expuestos a la luz del día como si fueran cualquier cosa, como si exhibirlos fuera lo más normal del mundo. Si bien el lugar era precioso el suelo no lo era tanto, este se encontraba teñido de rojo, el hedor a sangre coagulada se volvió denso y nauseabundo, restos humanos abundaban por todas partes, como si aquel sitio hubiera sido el escenario de una burda matanza hace poco, los muertos estaban tan descuartizados que era imposible calcular su número, las moscas se

hacían presentes en ellos como abejas en miel. Diversas armas había allí abandonadas, la mayoría eran espadas, aunque también se encontraban lanzas, hachas e incluso arcos. Cabe señalar que, a la pálida mujer, no le pareció importarle demasiado esta macabra escena, su expresión se mantenía imperturbable, fría e inerte, del mismo modo que los cuerpos infantiles que transportaba.

—¡Odio! ¿Estás ahí? —preguntó ella con desgano, deteniéndose frente a la entrada de la cueva oscura que tantas veces antes había visitado.

—¿Eres tú otra vez? desagradecida —dijo una voz profunda y ronca tras unos segundos—, Te arrepentiste ya de haberme abandonado por ese inmundo humano.

—No me arrepiento de nada —Aseguró la mujer sin mover ningún músculo de la cara—, pero deberías saber que tú eres como un padre para mí, nadie jamás podrá cambiar eso.

—Te he extrañado hija de perra.

—Y yo a ti malnacido —Contestó ella al instante ya acostumbrada a su peculiar trato.

—Los cadáveres anteriores que me trajiste no soportaron el ritual maldito —Afirmó la voz. Se podía sentir el disgusto en su acento—, y ahora me traes niños.

—Esta vez será distinto, no te imaginas lo que me costó conseguírtelos —Argumentó ella con autoridad.

—Ya no queda tiempo por tu bien espero que así sea.

Un antebrazo inhumanamente grande emergió de la oscuridad de la cueva, su piel era gris y llena de pelos negros, su mano era huesuda de largos dedos resechos y sucios. La mujer complaciente por primera vez esbozó una pequeña sonrisa, aunque esta carecía de cualquier tipo de emoción. Estirando su brazo le hizo entrega de las riendas del caballo. El animal nervioso detectando el peligro comenzó a relinchar, opuso resistencia sin embargo fue inútil, tras el forcejeo sería arrastrado hacia el interior de la cueva con los cuerpos que llevaba en el lomo, sabiendo que no saldría con vida del lugar.

Luego de colocar los cuerpos sin vida de los niños en pequeños círculos dibujados en el suelo, el monstruo se dispuso a marcar sus frentes, brazos y pies con sangre. Por más de tres horas la criatura se quedaría en el lugar usando su maldita magia, la cueva estaba oscura y húmeda, se podía sentir el hedor a muerte y no provenía de los restos humanos que había afuera. Cuando ya volvía a perder las esperanzas, los cuerpos de

pronto reaccionaron, los pulmones de los niños se llenaron de aire otra vez, asustados se pondrían de pie sin comprender nada, gritos de vida y de muerte se oirían en el interior de la cueva, los infantes asqueados por lo que veían quedarían al borde de la locura. Lo que Odio desconocía, es que uno de esos dos chicos se convertiría en el mítico Catalisista, conocido como el hombre más malo del mundo.

Siete años después...

Palacio de Stleinhood, región de Polincas (Antártida) 23 diciembre 2009, 04:09 horas

Exuberantes relatos sobre seres mitológicos han existido a lo largo de la historia de la humanidad, pero ninguno de ellos se ha podido corroborar nunca. Con el pasar de los tiempos la magia y el poder de la naturaleza fueron tratados de distintas maneras, estas artes en la antigüedad eran vistas con respeto, posteriormente como herejías y hoy en día no pasan de ser simples supersticiones. Sin embargo, existe un secreto, uno que pocos conocen. Mientras en las ciudades del mundo conocido el ruido y el movimiento de personas era incesante, donde la monotonía era pan de cada día y el descontrol avanzaba a pasos agigantados, un grupo ínfimo de personas que estaban en otro lugar del universo vivían un estilo de vida muy distinto. Un mundo en donde los lugares eran inciertos, los continentes y océanos eran irreconocibles, a tal punto que todavía en ellos habitaban criaturas titánicas e indescriptibles que aseguraban viajes memorables llenos de retos y hazañas.

Bien entrada la madrugada, un hombre de apariencia joven pero anciano de alma, observaba en su escritorio los reportes del palacio ocurridos en el último mes con una envidiable concentración. Junto al silencio latente a su alrededor y el sonido relajante que provocaba el compaginado paso de las hojas de su libro, el hombre se quedó dormido en un profundo sueño, extraño ya que el rector Parton se preocupaba mucho de guardar las apariencias. Era un hombre bien afeitado, muy bien vestido con su uniforme negro de Catalisista y con una apariencia imponente, que con su sola estatura y corpulencia imponía el respeto de los demás. Dormía con placidez hasta que en un momento dado el aire le comenzó a hacer falta, el ahogo lo hizo despertar de inmediato, tras toser un par de veces y mientras intentaba recuperar la respiración, con lentitud comenzó a abrir sus ojos empapados en lágrimas, reacomodándose un poco sus anteojos pudo ver que al otro lado del escritorio estaba sentada una mujer delgada, con el pelo tomado con un moño y vestida similar a él, la cual lo miraba fijo con sus bellos ojos azules.

Luego de esperar a que el complicado hombre se recuperara, la

desconocida mujer le dedico una amable sonrisa.

—Ve que es cierto lo que le digo —Dijo aparentando soberbia—, aunque se ve joven, los Años igual pasan por usted.

—Pareciera que lo disfrutara maestra Clayton —Comentó el rector con la mano pegada a la boca sin dejar de toser.

—Solo le recalco lo testarudo que es usted —Contestó ella desviando la mirada, mientras se coloca un mechón de pelo descarriado por detrás de la oreja—, debería cuidar más su salud, esa tos que tiene cada vez es más intensa.

La oficina era amplia, en la pared izquierda se podían ver dos impresionantes estantes llenos de libros de diversos colores y tamaños, mientras que a la derecha había un enorme ventanal que abarcaba casi toda la pared y que permitía ver el gran parque que adornaba el frontis del edificio. Al fondo se encontraba el escritorio, el cual estaba hecho de roble macizo que contaba con hermosos relieves tallados que le daban un especial acabado, además la madera carecía de imperfecciones, su alisado era tan perfecto que la luz rebotaba en su superficie con elegancia, brindándole una luminosidad pocas veces vista.

El rector sacando de entre sus ropas un pequeño reloj de plata y luego de observarlo, le comenta a la señorita Clayton que debió despertarlo mucho antes, ya que la reunión que se había planificado se encontraba atrasada en varios minutos.

—Ya lo sé —Respondió sonriente la maestra Clayton—, es que se veía tan lindo durmiendo que... —Terminó riendo.

—No puedo contigo querida Elizabeth —Sonriendo concluyó en tono afable el rector—. Siempre terminas sacándome una sonrisa.

Luego de regalarse ambos una amistosa sonrisa de complicidad, el director le preguntó sobre las novedades del palacio que era el motivo central de la reunión. La maestra cambiando la expresión de su rostro a uno más serio, le respondió enseguida.

--Hoy 23 de diciembre, apareció uno de ellos en el noticiero —Afirmó la maestra—, solo necesitamos su firma y su autorización para entrar en contacto con la familia.

--¿Un niño índigo? —Preguntó Paul con sus ojos entrecerrados aun agitado por la tos.

--A si es —Contestó ella asintiendo con la cabeza--, Es del estado de Kansas, Estados unidos. Al parecer a corta distancia puede ver los colores

y las formas de diversos objetos, solo usando sus manos, lo peculiar es que lo hace sin tocarlos.

—¿Crees que sea oportuno revelar el secreto a aquella pequeña familia?

—Lo creo señor, necesitan nuestra ayuda como nunca.

—Comprendo —Le responde el director haciendo una pausa, mientras exhala un poco de aire—, Pero después atenderé ese asunto ¿Hay otra novedad de la cual deba enterarme?

Con una sonrisa la señorita Elisabeth le dijo que el palacio en su interna se encontraba bastante bien y que los preparativos para el primer evento del año ya estaban en marcha sin ningún inconveniente. Con alegría y alivio el rector recibió la noticia, una sonrisa de satisfacción adornó su rostro. Luego de quitarse sus anteojos y dejarlos sobre la mesa, comenzó a frotarse los ojos con evidentes síntomas de cansancio.

—¿Y cómo va nuestra relación con los Thiruas? ¿Algún avance? —Preguntó con posterioridad Parton.

—Aun nada señor, nuestros mensajeros ni siquiera fueron recibidos.

—Estoy empezando a creer que ellos jamás nos verán como aliados —Comentó el rector sacudiendo la cabeza—, Si tan solo vieran lo necesario que es esta alianza. ¿Y qué hay de los Humus?

—Bien —Contestó Clayton con una mirada llena de determinación—, ellos como siempre han sabido mantener su lugar y son herméticos con nuestra información confidencial, de todas maneras, los estamos vigilando de cerca. En cuanto a nuestros dos últimos expulsados, según nos informan, ambos de igual modo han tenido un comportamiento ejemplar. Sin embargo, Michelle continúa usando su habilidad de mala forma, sigue profetizando y viendo cosas que no existen, insiste en mostrar imágenes fantásticas a los demás y que son lejanas a la realidad, donde algunos de nuestros camaradas aparecen como traidores Spoilsur.

En ese instante el rector un poco acongojado traga saliva y la interrumpe.

—Algo de cierto debe de tener todo eso que dice —Agregó mientras se rascaba por detrás de la oreja, como si avergonzado intentara defender lo indefendible.

—Según nuestros estudios no es así —Debatió la maestra frunciendo el ceño—. Si bien su hijo mayor Santiago, fue un niño índigo el cual despertó sus poderes por sí solo sin la ayuda del palacio y a pesar de que hoy en día tenemos la certeza de que es un gran Catalisista Toronto. No podemos, ni debemos olvidar tampoco los grandes problemas que nos ha

causado esa familia.

Parton incomodo desvió la mirada no sabiendo como debatir aquella afirmación.

—Al otro hijo de esa mujer le corresponde entrar este año —insistió la mujer—, usted no ha pensado en la posibilidad de negarle el ingreso a ese joven por el bien del palacio, con su autoridad no debería ser difícil, motivos y excusas no faltarán, partiendo por su procedencia familiar, quizás es lo mejor para él, dudo que logre usar su Raimara como corresponde.

—No soy quién para hacer algo así —Respondió el director dubitativo mientras se levantaba del escritorio y se dirigía hacia el ventanal—, asimismo si queremos vencer a Vegner debemos de contar con todos ellos, sin duda son grandes promesas para el palacio.

—Ya han pasado nueve años de la última aparición de uno de ellos —Comentó Elizabeth Clayton mientras observaba la vela posada en el escritorio con detención—, aún esperas que aparezca otra estudiante como Cristina, eso no lo encuentro sensato, ella era especial y única. Deberías de buscar otra estrategia, además en tu último enfrentamiento con Vegner muchos dicen que estuviste muy cerca de derrotarlo.

—Ojalá eso fuese cierto —replicó el rector apesadumbrado—, esos comentarios los lanzan algunos Thunder y maestros porque no quieren difundir el pánico y centran una esperanza ciega en mí.

—No seas tan modesto —Finalizó la maestra Clayton mientras ordenaba las hojas sueltas del escritorio—, Sé que puedes ganarle a Vegner sin problemas.

De un momento a otro, la habitación entera se quedó en tinieblas, todas las antorchas de las paredes y las velas del lugar se apagaron al instante. Sin poder ver nada el rector solo atinó a dirigirle palabras de tranquilidad a la señorita Clayton quien estaba en silencio y no respondía. Esto lo hizo apurar el paso hacia el escritorio para recuperar su Raimara. Un silencio escalofriante lo envolvió, era un mutismo denso, más que cualquier otro silencio conocido por él. Sus manos transpiraban del mismo modo que su frente, una gota de sudor frio bajó por su mejilla sin miramiento alguno, algo malo estaba sucediendo su instinto se lo advertía. De la nada ruidos de pisadas y golpes se oyeron en el sitio, esto lo hizo saltar espantado. Su cuerpo temblaba, otro frio paralizante lo recorrió.

Cuando por fin Parton logró dar con su piedra, la tomó y de inmediato esta se iluminó de manera intensa, una luz anaranjada emergió de ella, resplandecía con belleza a través de sus dedos, con solo sacudir el brazo encendió todas las antorchas de las paredes, la habitación quedaría

iluminada en su totalidad de nuevo. Con consternación vería como yacía inerte la maestra Clayton, se hallaba sentada en la misma silla en la cual estaba justo antes del apagón, las hojas que ordenaba quedaron esparcidas por el suelo, entretanto su cabeza se encontraba apoyada de lado sobre la mesa, pero esta vez con su moño desarmado, mientras que sus brazos colgaban inmóviles hacia abajo sin mostrar vestigios de vida.

Parton con alivio descubrió que todavía tenía pulso, desesperado se fue rápido en busca de ayuda, pero algo lo detuvo en el acto, su corazón que se encontraba acelerado casi se detuvo de la pura impresión, un mensaje escrito en la pared con sangre lo dejaría con la boca abierta, los ojos dilatados y con su ceño fruncido.

“Los matare a todos”

Vegner.

Paul Parton con pavor no podía entender como todo eso había ocurrido, aquello escapaba de la mente y del entendimiento de cualquier ser humano. Como era posible que ingresara con tanta facilidad al palacio y que en pocos segundos se burlara de él en sus propias narices. No pudo evitar pensar que una nueva batalla entre los Torentos y los Spoilsur estaba por comenzar. Todo esto mientras pequeñas gotas de sangre de la mano derecha de la maestra Clayton caían con intermitencia desde su dedo índice hacia el suelo.